

Tierra que grita: voces poéticas y originarias de la Patagonia

Martín Cardón. IFDC-VM - mcardon.primaria@ifdcvm.edu.ar

Palabras clave:

Conquista de América. Literatura argentina. Plan nacional de lectura. Voces poéticas y originarias de la Patagonia.

Resumen:

El presente artículo expone un breve análisis sobre el impacto civilizatorio de la literatura fundacional argentina luego del proceso de conquista y colonización americana, y el consecuente aniquilamiento de las voces originarias de las comunidades precolombinas. No obstante, se reivindica en el actual milenio la publicación de dos antologías poéticas contemporáneas y originarias que constituyeron las partidas editoriales del Plan Nacional de Lectura: *Kallfu mapu* (Tierra azul) *Antología de poesía mapuche contemporánea* elaborada por Néstor Barrón, y *Reuëmn* (Agitar las olas) *Poesía de mujeres mapuche, selk'nam y yámana*, selección de Cristian Aliaga y Juan Pablo Huirimilla.

*“Dicen que vienen los Wingka
tupidos como montaña.
Dicen que viene, que viene
tropa bien armada.
Quieren arrear con lo nuestro
y llevarse las hermanas...”*

Llamekán mapuche

La conquista de América, que implicó el sometimiento de los pueblos nativos y la incorporación de nuevos territorios a las coronas europeas, se organizó, al menos, a través de tres estrategias: la aniquilación física de los aborígenes bajo el poder de las armas, la destrucción de sus mitos y creencias imponiéndoles la fe cristiana, y la difusión e imposición de lenguas extranjeras (principalmente el español) como única opción lingüística. Este avasallamiento europeo, eliminó físicamente a la mayoría de las poblaciones originarias, desapareciendo con ellas gran parte de su cultura.

Durante esta etapa, la figura del conquistador comenzó a formar parte del ambiente americano construyéndose, básicamente, en oposición a un “otro”, categoría que pone en evidencia una relación asimétrica entre la cultura dominadora supuestamente “superior” y la cultura autóctona supuestamente “inferior”. Según Tzvetan Todorov (2008) para los conquistadores españoles los aborígenes conformaban un grupo social totalmente diferente al de ellos, tan diferente que dudaban de que pertenecieran a su misma especie, constituían entonces, una

“otredad” desconocida. Del mismo modo fueron considerados todos aquellos que no eran blancos occidentales: negros, mestizos, zambos, etc. Este desconocimiento del “otro” como un sujeto semejante, le otorgó a los opresores la posibilidad de cometer cualquier tipo de abusos, ya sea silenciando su voz, esclavizándolo o causando su muerte.

En el Río de la Plata, durante el proceso independentista y la organización del Estado Nacional, la relación asimétrica entre el “dominador” y el “otro” se mantuvo intacta, sin embargo, estas categorías se ampliaron o renovaron. En el siglo XIX, el dominador ya no era el español que respondía a las órdenes de la corona sino el criollo educado bajo los preceptos de la Ilustración europea, y la otredad no sólo estaba conformada por el indio, sino que se expandió e incorporó la figura del negro, el gaucho y posteriormente la del inmigrante.

Frente a esta heterogeneidad étnica y social, surgió la necesidad de fundar un territorio nacional que presentara rasgos identitarios exclusivos. En este sentido, las nociones de “territorio” y “nación” resultaron indisociables; delimitar el territorio e imponerle el sello de propiedad privada fue, quizás, el primer paso para construir la nación. Según lo propuesto por Marisa Moyano (2004) esta necesidad fundante requirió una nueva estrategia de dominación e imposición de sentidos: la elaboración de una serie de cadenas escriturarias que conformaran el gran monólogo de la “civilización”, que no aceptó versiones diferentes a las de las elites liberales del siglo XIX. Este modelo de civilización reconoció una sola cultura y una sola “palabra”, de este modo, el **otro** aborígen al “no tener palabra” (o más precisamente al dejar de tenerla) no tuvo territorio, lengua, ni cultura, quedando excluido de la identidad nacional.

La literatura argentina decimonónica, entonces, ha tenido un papel fundamental en este proceso de construcción de sentidos identitarios, dado que la lucha por la apropiación territorial y la demarcación de las fronteras nacionales es, sin duda, una lucha por la imposición

discursiva¹, parafraseando a Jens Andermann (2000) el territorio nacional se manifiesta mediante formas estéticas de representación. Sin embargo, mi propósito aquí no es analizar la configuración del canon de nuestra literatura fundacional, sino reconocer que esta red de sentidos fue respaldada y complementada mediante una fuerte campaña de castellanización en todo el territorio nacional por medio de la educación primaria obligatoria, que aceleró el proceso de desaparición de una gran cantidad de lenguas autóctonas. De este modo, al definirse los límites geográficos y políticos, al consolidarse la literatura nacional, y al ponerse en marcha la campaña de homogeneización lingüística, la identidad nacional parecía estar apuntalada.

Así, el peso de la palabra escrita de los intelectuales del XIX, y la difusión y enseñanza sistemática del español como lengua oficial por encima de la oralidad de las lenguas aborígenes, fueron dos rasgos definitorios para procurar un proyecto de nación civilizado y europeo. Un proyecto que no incluyó las voces ni las necesidades de aquellos que por ser “diferentes”, debían ser eliminados o incorporados como mano de obra barata para el progreso de la incipiente Argentina. Una vez concluida la campaña del desierto, demarcadas las fronteras nacionales y repartidos los territorios entre la oligarquía criolla, el triunfo de la civilización pareció definitivo y fue cada vez más notoria la exclusión y marginación que padecieron las minorías aborígenes que pudieron sobrevivir al genocidio americano.

En este marco de desconocimiento y desautorización de la voz del otro resulta importante reflexionar, en el actual milenio, sobre la vitalidad y la difusión de la literatura perteneciente a las comunidades originarias, si es que les corresponde esta denominación occidental a las

¹Al respecto de esta afirmación, Marisa Moyano (2004) expresa que “...los llamados textos fundacionales de la literatura argentina inscriben la prédica de las élites liberales letradas en su camino por trazar la cartografía simbólica de la patria [...]” p 35.

producciones discursivas que elaboraron (y aún siguen haciéndolo) quienes pertenecen a estos pueblos.

II

El Plan Nacional de Lectura (desmantelado por el actual gobierno nacional) que entre sus objetivos manifiesta la necesidad de recuperar y democratizar la práctica lectora en las escuelas (interrumpida y censurada por la última dictadura militar argentina), ha publicado y distribuido por todo el territorio nacional una gran cantidad de libros pertenecientes a autores y géneros tan diversos que no podemos clasificar aquí por razones de espacio. Sin embargo, es destacable el lugar que le ha otorgado a las producciones poéticas, sagradas y ancestrales pertenecientes a los pueblos originarios americanos, específicamente a los ubicados en la actual Patagonia argentina y chilena; y que más allá de la antedicha situación de persecución y silenciamiento que padecieron, aún hoy siguen de pie hablando a los “gritos” desde la tierra que habitan.

Entre estos libros quisiera mencionar dos antologías que considero fundamentales para reivindicar las poéticas originarias de la Patagonia: *Kallfu mapu (Tierra azul) Antología de poesía mapuche contemporánea* elaborada por Néstor Barrón, y *Reuëmn (Agitar las olas) Poesía de mujeres mapuche, selk'nam y yámana*, selección de Cristian Aliaga y Juan Pablo Huirimilla. Ambos libros reúnen textos escritos en su mayoría en lengua originaria con su respectiva traducción al español, lo que destaca doblemente la tarea de los recopiladores. Se trata, así, de ediciones bilingües que intentan hacer un poco de justicia cultural y lingüística dentro de la misma institución que otrora condenara a las lenguas nativas de este continente. Recordemos que el proceso de retracción y desaparición de las lenguas originarias de América nunca ha dejado de avanzar y con la pérdida de cada una de ellas se pierde mucho más que un repertorio léxico. La lengua, como afirma Adolfo Colombres (2008), “constituye la primera señal de

identidad, por cuanto determina la estructura misma del pensamiento. Se piensa porque se habla, y no al revés. Aun más, se piensa conforme se habla. Quien pierde sus propias estructuras de pensamiento y de aprehensión simbólica del mundo ha perdido ya el alma de su cultura.”

(p.57)

Por otro lado, no es un gesto menor que la información paratextual que acompaña a estos libros indique expresamente que conforman la colección de obras destinadas al nivel secundario. O sea que se espera que se lean y discutan con un público lector conformado mayoritariamente por jóvenes. Sin pretender ahondar en discusiones teóricas, estas consideraciones nos llevan a preguntarnos si estos textos pertenecen al universo de la llamada literatura juvenil, rápidamente diríamos que no porque no están escritos exclusivamente para este público, y a simple vista parecieran abordar problemáticas, intereses e inquietudes de las y los primeros habitantes de este territorio que poco tendrían que ver con las y los jóvenes que pueblan las aulas de las escuelas. Sin embargo, si seguimos con este razonamiento cometeríamos dos errores, en primer lugar encasillar o circunscribir estas obras a un determinado grupo de lectores lo que atentaría contra las posibilidades inagotables de la naturaleza ambigua y polisémica de la literatura; y en segundo lugar, suponer que la juventud se conforma por una comunidad homogénea de personas que comparte tales o cuales intereses y preocupaciones. Ni una cosa ni la otra, los textos a los que nos referimos escapan a cualquier control de lectura, por lo tanto pueden y deben ser leídos por diversos públicos lectores, y lo correcto sería referirnos a las juventudes, lo que amplía mucho más la mirada y nos distancia de las tradiciones conservadoras a las que tanto les gusta homogeneizar y clasificar.

Así, los poemas reunidos en *kallfu mapu* y *Reüemn* nos hablan desde un lugar diferente al que comúnmente pensamos a la literatura, quizás no hay en ellos una visible exaltación estética y

la búsqueda de un lenguaje disruptivo o transgresor, sino más bien un acceso directo a las voces de los pueblos que los enuncian. Al respecto, Néstor Barrón (2017) comentó en una entrevista publicada en *Página 12* que lo que le interesó de los textos que incluyó en *Kallfu mapu* fue:

Lo no literario, la relación tan directa del poeta con lo que vivía, en muchos casos con la tierra, con la naturaleza en general, la relación del poeta con su propia vida sin el filtro, de la literatura del bien decir o no según quien lo mire, por eso esa poesía me resultó interesante porque era gente contando lo que vivía (Barrón, 2017).

Por eso, en estos poemas es frecuente el uso de un nosotros exclusivo o de un yo colectivo que se vuelve vocero de las preocupaciones identitarias y culturales de sus comunidades, y se distancia de las posturas hegemónicas occidentales que hablaron por ellas durante mucho tiempo. Tal como dice Beatriz Pichi Malén (2021) en el poema titulado *De ellos*:

*Mirando un punto de tanta tierra
me preguntaba qué había pasado.
Por qué los unos eran los otros
y quiénes de todos habían quedado...
Mirando un punto de tanta tierra
busqué el origen de mi pasado
y salí entonces de cara al tiempo
a caminar el camino andado.
Encontré signos de grandes huellas
de las Naciones que supimos ser,
pero más huellas y grandes signos
de haber tenido y no tener.
Se hizo difícil después de todo
una "conquista" reconocer
que dijo darnos de su cultura*

sin permitirnos nada que hacer...

(Aliaga y Huirimilla.2021. p 245)

Se trata, entonces, de producciones en las que difícilmente haya un distanciamiento entre el yo lírico que se construye en el discurso poético y el autor o autora empírica de las obras. Conforman instancias de enunciación en las que se toma la palabra desde un universo simbólico y cultural tan marcado que difícilmente podamos pasar por alto. Tal es así que se dice lo que se dice porque las cosmovisiones mapuche, selk'nam y yámana así lo permiten, y desde estas maneras de estar en el mundo se conciben estas poéticas. No son meros artificios estéticos, objetos de decoración, ni entretenimientos placenteros, sino más bien decires, cantos y saberes que convocan un espacio sagrado en el que hombres y mujeres retornan a su condición primitiva y universal por medio de la palabra.

El tayül y el llamekán mapuche, los rezos y plegarias del pueblo yámana, y los cantos chamánicos selk'nam vuelven del fondo de los tiempos para reclamar su lugar en el actual entramado social y denunciar los procesos de enmudecimiento que los silenciaron. Y es nuestra tarea como docentes, mediadores y mediadoras de la lectura incluirlos en las planificaciones áulicas para que suenen así, una vez más, los antiguos cantos de la tierra que tanto tienen para decirnos.

Referencias bibliográficas:

Aliaga C. y Huirimilla J. (2021) *Reuëmn*, poesía de mujeres mapuche, selk'nam y yámana.

Comodoro Rivadavia. Espacio Hudson.

Anderman, J. (2000) Mapas de poder, una arqueología literaria del espacio argentino. Rosario. Beatriz Viterbo Editora.

Barrón, N (2008) Kallfu mapu *Tierra azul*. Buenos Aires. Ediciones Continente.

Barrón, N (2017, 14 de noviembre) La poesía siempre interroga a la sociedad y a la política.

Página 12. <https://www.pagina12.com.ar>

Colombes, A. (2008) América como civilización emergente. Buenos Aires. Catálogos.

Moyano, M. (2004) El mapa de la exclusión. Los discursos de la Frontera Sur y la construcción de la Nación. Río Cuarto. UNRC.

Todorov, T. (2008). La Conquista de América, el problema del otro. Buenos Aires. Siglo XXI Editores.